

LOS ARBOLES EN LA CIUDAD

La ciudad es un artificio creado por el hombre para optimizar sus intercambios de información, de aprovisionamiento, de producción, de energía y de todo, con la contrapartida de la degradación del territorio (más allá en los límites estrictos de la urbe) y la alteración de los equilibrios naturales.

Muchas son las posibilidades, en esta estructura fantástica, para conseguir su sostenibilidad aplicando medidas preventivas de comportamiento ecológico; ahorro de energía y utilización de fuentes alternativas, consumo racional de los recursos naturales, tratamiento de residuos y su reciclaje, limitando su expansión territorial y el incremento de la circulación, etc... Y también introduciendo tanto verde como sea posible dentro de la trama urbana.

En una ciudad densamente edificada es difícil introducir nuevos espacios verdes, lo que hace que sean los árboles de sus plazas y sus calles los que aportan el verde entre sus masificadas construcciones.

Grandes o pequeños, viejos o acabados de plantar, solitarios o agrupados, los árboles realizan su tarea silenciosa de poner un poco de equilibrio, salpicaduras de naturaleza entre el asfalto, el cemento y la densidad urbana.

Lo primero que cambia cuando los árboles llegan a una calle es el paisaje, de pronto se hace más amable, más suave, más estimulante. El ciudadano se encuentra mejor, inmediatamente ponen en marcha los mecanismos que hacen de los árboles los grandes equilibradores de las condiciones ambientales. Las hojas empiezan a absorber el polvo y las partículas de contaminación en suspensión del aire, evitando que el ciudadano las respire, las hojas filtran los fuertes rayos del sol, rebajan la temperatura en verano y ajustan el nivel de humedad.

Cuando el calor nos asedia, una calle arbolada tiene unos cuantos grados menos de temperatura, nos hacen más fácil la existencia, nos protegen del viento y se alían contra el ruido del tráfico. Y lo más importante, aportan oxígeno a través del proceso de fotosíntesis, renovando la calidad de la atmósfera. Nos marcan los ciclos de la naturaleza desde su dormida invernal hasta el estallido de la primavera con hojas rejuvenecidas, flores y frutos.

La ciudad agradece mal el esfuerzo de los árboles para mejorarla. La polución, la escasa dimensión de los alcorques, la presencia insidiosa de los coches, la falta de luminosidad a causa de los altos edificios, las heridas que se les producen por golpes, zanjas, podas inadecuadas, la falta de espacio subterráneo y aéreo, etc... todo son circunstancias que los hacen más vulnerables a las enfermedades, a pesar de todo los árboles siguen impertérritos haciendo su trabajo. Son un patrimonio esencial para la ciudad y uno de los elementos más característicos de su paisaje.

Los árboles crecen para todo el mundo, sin discriminar a nadie, son generosos, nos ofrecen su sombra a todos.

Tener que gestionar este inmenso patrimonio no es sencillo. Las ciencias relacionadas con la ecología son recientes y muchos de los criterios que hoy se

sustentan, no habían sido tenidos en cuenta anteriormente, la especie humana se cree muy lista pero ignora muchas cosas, hasta que las aprende y es capaz de corregir los errores del pasado. La ciudad tampoco era la misma hace cincuenta o cien años.

La ciudad nos impone una limitaciones, el clima con lluvias mal repartidas, veranos muy calurosos y secos nos obligan a seleccionar las especies; las calles con Acerados estrechos y orientaciones difíciles, la falta de espacio subterráneo para el desarrollo de las raíces o aéreo para el desarrollo de sus copas, junto a otros inconvenientes son algunos de los detalles más significativos.

La biodiversidad en las especies que se utilicen debe ser considerado como un valor cultural y ecológico a defender para no caer en la rutina aferrándose a unas pocas especies o a una sola. La identidad paisajista de la ciudad, su carácter histórico, nos debe hacer pensar antes de elegir la especie idónea para cada lugar, ésto es el futuro: árboles que nos recuerdan la memoria de jardines desaparecidos, de construcciones derribadas, de paseos ahora ya inexistentes, árboles nobles de una ciudad que como ente vivo se transforma hacia el futuro sin abandonar la historia, árboles que merecen una protección especial y que impida que sean arrancados o trasladados.

Cualquier árbol lo merece, dan mucho y piden poco, nos ofrecen salud y belleza a cambio de un poco de atención, nos hacen la ciudad más vivible sin reclamar otra cosa que un poco de alimento y un trozo de suelo, un lecho ancho donde enraizar y mucho respeto. Sobretudo respeto. Altos y bajos, delgados y gruesos, de gran atractivo o discretos recogidos, nacidos aquí o venidos de fuera, fuertes o prepotentes o de una timidez coqueta, se han ganado el derecho a ser reconocidos y amados.

Sean como sean y vengan de donde vengan son los árboles de nuestra ciudad, sevillanos como nosotros y por muchos años.

